

Seix Barral Biblioteca Breve



Jesús Carrasco

La tierra que pisamos





Seix Barral Biblioteca Breve

Jesús Carrasco

La tierra que pisamos

Seix Barral



1

Hoy me ha despertado un ruido en mitad de la noche. No un ronquido de Iosif, que, raro en él, a esa hora dormía a mi lado en silencio, medio hundido en la lana del colchón. He permanecido tumbada, con la mirada detenida en las vigas de haya que sustentan el techo, apretando fuertemente las sábanas en busca de una firmeza que el lino, tan sutil, me ha negado. Durante un buen rato me he quedado quieta, con los hombros contraídos y las manos cerradas. Quería volver a escuchar el ruido con nitidez para poder atribuírselo a alguno de nuestros animales y así, tranquila, regresar al sueño. Pero, más allá del aire agitando las ramas de la gran encina, no he percibido nada, y entonces, como por ensalmo, el viejo mito del intruso de ojos vaciados por la codicia se ha agarrado a mis tripas y ha empezado a devorarlas.

Es agosto, las hojas de guillotina están subidas hasta los topes y una brisa perfumada y cálida mece

los visillos. Los hace danzar de un modo tan hermoso que, en esta época, durante mis desvelos, me siento contra el cabecero y me quedo embelesada viéndolos ondear cual delicados pendones. Aspiro las fragancias que el aire trae y que, por momentos, desplazan a los aromas estancados del cuarto. Llegan en oleadas, de la misma manera que el mar va depositando en la orilla los restos de un barco naufragado. En primavera el azahar de los naranjos florecidos lo ocupa todo, especialmente cuando cae la tarde. Días antes de que eso suceda, el árbol siempre envía un mensajero. Jornadas todavía frescas en las que, repentinamente, un hilo fugaz avisa de que, en algún lugar de los contornos, la vida ha sido convocada a su renacimiento.

Con los puños llenos de tela y los ojos cerrados, he tratado de concentrarme en la oscuridad exterior. Y así, he imaginado que me asomaba al porche elevado sobre el fragante césped que rodea la casa y, desde allí, he dirigido mi atención hacia el frente, al lugar donde el predio se asoma al valle. A lo lejos titilan las farolas de gas del pueblo, encaramado como un galápago a las faldas del castillo. En mi mente desciendo los escalones de madera y camino unos pasos sobre la hierba húmeda hasta la verja que domina el huerto de la terraza inferior. No oigo nada allí, ni siquiera el áspero roce de las hojas ya secas del maíz.

Me giro hacia la casa para recorrer la parte trasera de la propiedad. En los tiestos sujetos a la balaus-

trada del porche crecen formas confusas. La campana de alarma cuelga del tejadillo sobre ellas y su cuerda casi las toca. A la izquierda del edificio se levanta la gran encina, un ser poderoso y rotundo, cuya copa invade parte del alero. Al otro lado, entre la vivienda y el camino, el pequeño establo con sus ventanucos enrejados y sus tejas alomadas. Dentro, ni siquiera se oye a la yegua rascar el suelo de pizarra con sus herraduras. Tampoco se oye a *Kaiser*, nuestro perro; era de suponer, porque es sin duda el animal más indolente que se pueda imaginar. «Debería poner una gallina a vigilar la finca —me dijo una vez el cartero—. Hasta ésa con el cuello desplumado asusta más.» Y yo quizá sonreí por la ocurrencia y seguro que le di la razón para que se marchara pronto.

Al parecer hay un lince, o un lobo, que lleva varias semanas merodeando por los alrededores del pueblo y que ha matado, dicen, a varias ocas y a algún cordero. Me lo contó el doctor Sneint en el dispensario de la guarnición la última vez que fui al castillo en busca de las medicinas de Iosif. Mientras colocaba los frascos en mi alforja, él se levantó y, después de repasar someramente los lomos de su biblioteca, extrajo un atlas de fauna ibérica y me lo mostró. Del grabado me llamaron la atención las patillas colgando a los lados de la boca y el aspecto puntiagudo de las orejas. «Pinceles —apuntó el médico cuando pasé el dedo por esa parte de la lámina—. También podría ser un lobo o un zorro —me dijo—. Tiene usted que buscar sus deposiciones, preferiblemente, junto al ca-

mino de su casa. Cuando las encuentre, ábralas y mire si hay mucho pelo en ellas.» Tanto la idea de buscar los excrementos como la de abrirlos me resultó en aquel momento repugnante, pero luego, ya de vuelta a la casa, encontré las heces y no pude resistir la tentación de revolver en ellas con un palo. Hacerlo no me resultó desagradable. Olían a conejo y, por su aspecto, se diría que esos animales solo se alimentan de pelo.

Me he levantado y he prendido la lámpara que tengo sobre la mesilla. Asomando el cuerpo sobre el alféizar, he movido la luz a un lado y a otro en busca de signos del animal, pero enseguida me he dado cuenta de que la luna llena iluminaba más que mi farol y he terminado por apagarlo. En cualquier caso, no he apreciado nada extraño. Quizá mi luz lo haya espantado. Los animales seguían tranquilos y yo he dejado que el aire templado que asciende por el valle me acaricie la cara. La luna llena teñía de un extraño amarillo las nubes detenidas sobre la llanura distante. He cerrado las contraventanas y me he vuelto a meter en la cama. Mientras regresaba el sueño, de nuevo mirando al techo, he reparado en que no hay hayedos en esta parte del país.

Lo veo por primera vez con la mañana bien entrada, mientras arreglo los geranios. Los pliegues de su chaqueta se cuelan por entre las lamas blancas de la verja que da al huerto, justo enfrente de mí. Iosif descansa en su mecedora a mi lado, aunque decir que descansa es, de algún modo, redundante, pues se pasa el día recostado: en la cama, en el sillón del salón y, durante el buen tiempo, aquí, en el porche. Lo levanto cada mañana, lo visto y lo siento donde corresponda según la época del año. Le agarro del codo y él, con pasitos cortos, se deja llevar de un lado para otro como un perrillo complaciente. La enfermedad lo ha reducido a una mínima expresión de lo que fue. Un hombre que ha tenido a su mando divisiones, que ha dispuesto de las vidas de otros hombres, que ha asediado ciudades y pasado a cuchillo a enemigos y sediciosos. Me pregunto si sus viejos adversarios, aquellos a los que sometió hasta convertirlos en súb-

ditos de su majestad, conservarán la antigua furia con la que, sin duda, rindieron sus armas a este hombre a cuya sombra he vivido y cuya sombra es ahora todo lo que respiro. Su mente opera de manera discontinua y lo mismo pasa dos semanas callado, con la cabeza caída, incapaz siquiera de levantarse solo e incluso haciéndose sus necesidades encima, que comienza a regir de manera repentina. En esos episodios, de duración indefinida, se incorpora a la vida cotidiana tan plenamente que parece que nunca la hubiera abandonado. A veces regresa y se comporta igual que un paciente caprichoso. Si estamos en la cocina y me está viendo cortar verduras, me exige que haga trozos grandes, y me explica, por enésima vez, que a él le gusta notar lo que está comiendo. «No quiero purés, mujer. Eso es para los niños y yo no soy un niño.»

En ocasiones, su cordura se remonta al pasado y se dirige a mí como si yo fuera parte de un recuerdo; me llama «comandante Schultz» o «mi flor», con tono marcial o almibarado, según el caso. Y lo extraño es que nunca en la vida, ni cuando estábamos prometidos, me llamó así, «mi flor». Se diría que entre las grietas de su cerebro reverdecen viejos anhelos o el recuerdo de otra mujer a la que, sin duda, deseó durante sus largas ausencias; en la época en que las campañas se sucedían y parecía que el Imperio acabaría ocupando el globo entero.

Por suerte, el que hace años que no me visita es aquel hombre que hacía temblar los cimientos de mi mundo. El modo en que se enfurecía cuando el pe-

queño Thomas no declinaba correctamente, o cuando volvía manchado del jardín. Lo agarraba de la oreja, tiraba hacia arriba y casi levantaba al muchacho. Lo zarandeaba y no fueron pocas las veces en que recibió bofetones y golpes en los dedos con la regla de madera. Yo le suplicaba que lo dejara, que era solo un niño, y entonces él se volvía y me hundía con la turbidez de su mirada; la de quien ha bebido hasta hartarse la sangre bullente de los hombres. Una mirada cuyo recuerdo todavía me estremece y de la que aún quedan rastros en el fondo de sus ojos.

«El maldito taladro», me digo al ver los tallos agujereados. Son imposibles de exterminar y todos los años tengo que arrancar muchas de mis plantas y quemarlas tras la casa, ya que es la única manera de que la plaga no afecte a los ejemplares sanos. Las tomo por el tallo y las vuelco para sacarlas de los tientos. La tierra oscura cae al suelo, siempre fresca y bien ligada, formando grumos esponjosos que yo me llevo a la nariz para embriagarme con sus aromas.

Levanto la cabeza en busca del amplio horizonte de la Tierra de Barros y ahí está su chaqueta oscura, colándose entre las tablas blancas, penetrando sucia en nuestra propiedad. *Kaiser* se ha acercado y lo olisquea curioso por este lado de la verja.

Sin apartar la vista del hombre, me incorporo, retrocedo lentamente hasta la puerta abierta y cojo la escopeta que tenemos colgada en el recibidor. He de ponerme de puntillas para alcanzar la bandolera con los cartuchos. Si la amenaza hubiera sido violenta, si

en lugar de ese pordiosero hubiera sido un ladrón intentando entrar en la casa, yo no habría tenido tiempo de repelerle. Pero no puedo permitirme que Iosif tenga al alcance de su mano la escopeta cargada. No otra vez.

Los dedos me tiemblan mientras introduzco el cartucho en el tubo. Cierro el arma, desciendo los escalones y camino en su dirección. A cierta distancia me detengo, aprieto con fuerza la culata contra mi hombro y no espero otra cosa que encontrarme a un borracho desorientado frente al cual, deseo, una escoba debería ser suficiente.

«No puede estar aquí —le digo—. Ésta es una propiedad particular.» No responde ni se mueve. No gira la cabeza para mirarme. Desde este lado de las tablas solo puedo verle la coronilla revuelta y sucia. Aguardo. *Kaiser* mete el hocico por entre las maderas y lo achucha como una versión amable de mis punteras, cada vez más impacientes. Me acerco un poco, le doy un par de toques con la culata y me retiro. Sigue sin moverse y por un instante imagino que está muerto. Me desplazo en lateral hacia la portezuela por la que se baja al huerto. Quiero poder asomarme al otro lado sin perder la distancia. Es un hombre delgado vestido con la chaqueta oscura que ya había visto y un pantalón negro. Está recostado contra las tablas, las piernas rectas, la cabeza vencida y las manos sobre los muslos con las palmas hacia arriba. Hay una maleta a su lado y, sobre ella, un sombrero marrón. No parece un mendigo ni un bo-

rracho y, si no fuera porque se ha manchado de polvo al sentarse en el suelo, podría entrar así vestido casi en cualquier lugar.

«Tiene que marcharse», insisto con el arma en los brazos y entonces sí, gira la cabeza en mi dirección, pero no la levanta. Tiene la mandíbula untada de ralo pelo blanco. Su camisa amarillea por el cuello, la chaqueta le queda grande.

«No le voy a dar dinero.» *Kaiser* ya se ha tumbado tras él, apretado contra los riñones del hombre, tan inútil como un cuarto de pólvora mojada.

No hay respuesta.



EDICIÓN NO VENAL

© Jesús Carrasco, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

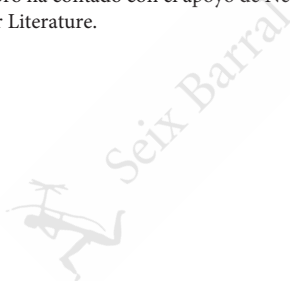
Primera edición: febrero de 2016

ISBN de la edición venal: 978-84-322-2733-2

Composición: Gama, S. L., Barcelona

La escritura de este libro ha contado con el apoyo de Nederlands Letterenfonds-
Dutch Foundation for Literature.

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature



No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.